

Guillermo Feliú Cruz

Chile en el Inca Garcilaso de la Vega ⁽¹⁾



L Criollismo, esa feliz expresión americana con la cual se quiere hacer resaltar lo característico, original y autóctono del medio ambiente de los pueblos hispano-americanos en la obra literaria y en la artística de nuestro ingenio, constituye una escuela de memorable tradición que se enraíza ya en los tiempos mismos de la conquista. Nace como es natural, en el criollo. Siente y comprende las cosas del continente, de su país, de su localidad, de su región, de una manera que no es española, por más que la lengua y el verbo en que expresa la emoción y la manera de interpretar tenga por instrumento la comunicación la que heredara de la sangre materna. Es además, la aportación genuina con que el americano ha contribuido, en primer término, a la riqueza del idioma con sus modismos, con sus nuevas palabras y con los matices, las gamas, por decirlo así, con que ha enriquecido las definiciones sutiles de la inteligencia. El *criollismo* ha creado después un paisaje americano local y propio: ha formado un género costumbrista de las faenas campesinas, de las labores de las minas, de las del mar y de la

(1) Ensayo leído en la ceremonia de homenaje a Garcilaso en el IV centenario de su nacimiento, en la Biblioteca Nacional.

tierra, de las empresas comerciales, y de cuanta actividad cabe en el hombre nacido en la tierra colombina. Sólo tiene de española esa interpretación la lengua, pero la visión se acomoda a la realidad de un ambiente completamente propio. El cielo tiene aquí un color que puede ser español a las veces, pero cuyos matices no son semejantes a las de aquellas latitudes; las montañas se presentan como testimonios de horribles cataclismos geológicos, de suerte que las hacen singulares entre todas otras; los ríos son mares; los desiertos infiernos; los llanos, las pampas, las florestas, las selvas, los lagos, los pantanos, toman proporciones, contornos, reflejos y hosquedades que denuncian una naturaleza en potencia y vigor que no son de la frecuencia que observó la pupila europea. La incorporación de esos elementos en la obra literaria americana, las modalidades originales del lenguaje formado al contacto del hombre aborigen, la manera de pensar, las creaciones místicas, lo espiritual del alma americana, en suma, eso es lo que forma el *criollismo*.

Eso es lo que caracteriza la escuela, también antigua, como antiguo fué el primer criollo que interpretó su sentir en el verso y en la prosa, en la novela y en la historia, en el drama y en el ensayo, en cada punto de los pueblos de América ha tenido un genial representante, un clásico de ella diría yo, que la exaltó y modeló como un nuevo don de perfección en la palabra hablada y en la escrita. Y esa escuela no tiene ni ha tenido limitaciones ni de raza ni de orígenes geográficos, porque en ella cuenta a los escritores españoles que al adherirse a la tierra y al comprenderla, la hicieron suya por la emoción con que la vieron, por la forma americana en que la interpretaron. Pero no es ese punto el que ahora pueda interesarnos.

Sabemos demasiado bien que la cultura española se impuso en definitiva en nuestra construcción intelectual; que casi ahogó lo que podía darnos el americanismo originario de las civilizaciones primitivas, y que toda el alma criolla se hizo espa-

ñola occidental en la forma de su pensamiento. Se vació en occidente. Las afloraciones autóctonas apenas pudieron resistir el empuje de una cultura inmensa en el saber, mejor equilibrada en el raciocinio, y muy superiormente dotada para imponerse en la lucha por su contextura guerrera militar. La salvación de lo tradicional americano, su mantenimiento original, es otro aspecto que engrandece el criollismo literario. Y entre los que más se destacan en esa escuela ¿podría omitirse el nombre del Inca Garcilaso de la Vega? Sería ciertamente como iniciar la historia literaria americana despejándola del más ilustre y señalado de sus clásicos y el más representativo de sus maestros. Garcilaso de la Vega, fuera de esa figuración literaria americana que excede a la zona geográfica de su patria, es en ella el escritor auténticamente peruano y por lo mismo su primer criollista. Representa allí lo que Pedro de Oña en Chile, y mejor aun que aquel poeta cortesano, lo que el Padre Alonso de Ovalle con su *Histórica Relación del Reino de Chile*, o bien Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán en su delicioso *Cautiverio Feliz*, cuando alborean las letras nacionales.

Garcilaso de la Vega, historiador de los sucesos de la conquista de su patria, expurgador infatigable de la tradición incásica que corriera por sus venas mezclada a la ardiente castellana, perfila, con todas las limitaciones de su cultura, con todas las incipiencias de su sabiduría humana, crédula a veces, cauta en otras, cierto tipo renacentista, pero entiéndase un renacentismo de filiación americana, peruana, si se quiere mejor, porque se yergue cuando la paz a sucedido a la borrasca interminable, horrorosa, despiadada y sangrienta de las guerras civiles de los conquistadores del Perú. El era hijo de uno de esos conquistadores alzados contra el pendón de Castilla, hombre de importancia en los corrillos de su parcialidad, señor generoso y desbarrajado, además; y su madre era ñusta, es decir, de la sangre real incásica, porque por línea colateral descendía de la realeza de los hijos del sol y la gota que transmitió al vástago

junto con la muy hervida y agitada del progenitor, dió al hombre de pluma, al soldado y al monje que hubo después en Garcilaso, las mismas varias y contradictorias fuerzas espirituales que movieron al tipo renacentista en apetitos y refinamientos, en sutilezas y locas aberraciones, en heroísmos y mansedumbres, en audacias de concepciones como en las templanzas y ponderaciones de virtudes. Eclipsó el escritor al soldado, el poeta, traductor de los *Diálogos de Amor* de León el Hebreo, al sacerdote; y hasta hoy sobreviven y sobrevivirán, mientras el gusto estético y la cultura histórica existan, las obras del cronista y del historiador, el mismo que firmó *La Florida*, historia de la campaña de Hernando de Soto en la conquista de la península de la América del Norte; el que estampó su nombre en los *Comentarios Reales*, que Prescott llamó «una emanación del espíritu del indio» y Menéndez Pelayo «el libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas». La fama de Garcilaso se apoya en esa obra, y ella ha dado á la lengua española esplendor y fijeza, como dice la Academia Española en su escudo, porque ese autor la enriqueció y pasó su habla a formar parte del Diccionario de Autoridades de la Lengua, y porque su arte de prosar basó la sintaxis del idioma en los días de su mayor irradiación. Son los *Comentarios Reales*, por otra parte, el libro vernáculo en que ha de beberse para ahondar la organización social y política del Imperio de los Incas, pero no tanto que deba tomarse sin cuidado y sin que tampoco un frío excepticismo lo condene demasiado. Participa de la crónica incauta y de la historia sesuda; es en resumen, de consideración como fuente original, confirmada en largos trozos por la crítica moderna; y de flaqueza, en otro sentido, cuando el espíritu de raza, esa raza que Garcilaso llevaba en las venas; le exalta la fantasía y acoge grandezas para ella, la exorna con virtudes que no fueran, le da proporciones idílicas

y hace de sus ascendientes, gobernadores patriarcales en una organización de teocracia filosófica.

Los *Comentarios Reales* nos unen a los chilenos con el Inca Garcilaso en un pedazo de nuestro desarrollo histórico, forman un nexo con la historiografía chilena escrita en el país, y con la extranjera que se ocupó de Chile durante el coloniaje; queda así Garcilaso englobado en ese capítulo de nuestros cronistas e historiadores coloniales que fueron los extranjeros Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, el padre de la historiografía americana, Agustín de Zárate, Francisco López de Gómara, Juan López de Velasco, del gran Antonio de Herrera, Pedro Gutierre de Santa Clara, Bartolomé Leonardo de Argensola, Gabriel de Villalobos, Gil González Dávila, Pedro Fernández del Pulgar y Juan Diez de la Calle. Desiguales en méritos, unos muy superiores, otros de escasa representación literaria y aun de veracidad histórica, el Inca Garcilaso de la Vega ocupa sitio preferente por su estilo y sus revelaciones acerca de la conquista incásica del territorio chileno. El descrédito en que cayeron los *Comentarios Reales* en el comienzo y primera mitad del siglo XIX, cuando una crítica demasiado excéptica, hija de un filosofismo que atendía más a las ideas abstractas acerca de la evolución de los pueblos, acaso útil para Europa, pero ajena a la realidad americana, que nada tiene que ver con la organización social del hombre de nuestro continente con el de la civilización de occidente, formó alrededor del libro de Garcilaso espesa atmósfera contraria, y que hoy los métodos de la escuela histórico-cultural, sino en todo, por lo menos en parte, ha hecho devolverle en autoridad y prestigio, situándole en el quicio de su verdadero asiento. Así, pues, la parte prehispánica de la conquista de Chile, relatada por Garcilaso, ha sido restaurada a sus legítimos fueros y en concordancia con él están los antropólogos modernos como Max Uhle, Latcham y Oyarzún. La narración de los sucesos contemporáneos a la época de Garcilaso, ocurridos desde el

descubrimiento de Chile por Almagro, en 1537, la expedición conquistadora de Pedro de Valdivia, que comenzaba a organizarse en el mismo año del nacimiento del historiador, en 1539, los antecedentes del desarrollo de la civilización, sus luchas, las vicisitudes de ella hasta 1604, en que nos acompaña el autor de los *Comentarios Reales* son, sin duda, relatos apreciables por más que sean deshilvanados, sin trabazón ni esa unidad consecucional y cronológica que es la trama de la historia. Pero, cárguese el defecto no a desidia del Inca Garcilaso, sino a su probidad de cronista, porque contaba lo que sabía, lo que llegaba a su conocimiento; y es por esto que sus páginas descabaladas en la segunda parte de los *Comentarios Reales*, que son los que tocan a su período de existencia, no tienen la arquitectura ni la enjuta trama de la primera en las que ha vaciado lo que auténticamente llegó a conocer de la invasión peruana en el territorio de *Chili*.

El historicismo hizo que Garcilaso no viera con la luz serena de su imaginación las singularidades características de Chile. No encontramos la visión del paisaje de la tierra que recorren sus hombres ni en tiempos prehistóricos ni en los de su edad. No hay tampoco una descripción física del territorio, ni hay un relato de las costumbres de los aborígenes chilenos. Es una lástima, por cierto, porque la literatura americana perdió con ello una página de señalado valor. Tierra áspera llamó a Chile por el enjambre que supo de sus montañas; el valle de Copayapu pasó desapercibido a su inquietud estética, y no le arrancó la suavidad de su naturaleza, la templanza del clima, el desborde de los ríos despeñados en torrentes desde los acantilados cordilleranos, una impresión cualquiera. El paisaje, dicen, no puede imaginarse sin ver las latitudes que lo producen. Garcilaso no vió las aguas serenas que recorrían nuestros valles virginales. ¿Qué supo de ellas? Límpidas y transparentes como cristales, en cuyos fondos las arenas esmaltaban corales, pasaron sin una nota. Pasaron los valles

suaves y tersos, verdes y ensoñados, desprendidos como un manto de las cordilleras abruptas, sin que tomara apunte de ellos. El espino serrano, oscuro y negruzco, fuerte para resistir los vientos huracanados del norte, perfumados en flor, no queda descrito en sus páginas. Tampoco la patagua sombría y acogedora, aislada en el campo, ni el canelo enhiesto y afanoso de alcanzar las nubes. El mar se alejó de sus pupilas.

Enaltecer su raza, la dominadora del valle central de Chile, es la preocupación de Garcilaso en el relato que nos ha hecho de la invasión incásica. Ya lo sabemos, no por él que no estableció la cronología, sino por otros historiadores coloniales, que ella tuvo lugar hacia 1425 con los soldados del Inca Tupac Yupangui y con los de Huayna Capac en 1470. Desde Aconcagua hasta el Bio-Bío. Vencieron a las razas primitivas de los changos costeños, de los pecunches, de los quinquillanes y de los pehuenches. El historiador relata esas hazañas con amor, porque siente el lejano atavismo de su origen y se complace en mostrar los beneficios que sembró en esos pueblos la cultura de la civilización a que Garcilaso pertenecía por una gota de sangre que hablaba de las grandezas del Imperio. Pero, sin decirlo, y como si quisiera dejar un punto suspensivo en su crónica, cuando llega a la frontera del Bio-Bío habla de una batalla de Andalien. Los *andalienes*, dice por los *purumaucas*, o los de *araucu*, nuestros mapuches y araucanos de hoy, presentáronle batalla a las legiones del Inca en Andalien, y acorta después el relato para dejar entender que los reencuentros fueron indecisos. No quiso confesar la humillación que sufrieron las legiones del hijo del sol con «el enemigo común general», nombre este último con que designaron los Incas a las gentes no sometidas a su obediencia. Y ahí termina con una discreta elegancia.

Odios le quedaron a Garcilaso de las pasadas luchas civiles del Perú. Almagro, generoso, magnánimo, confiado y desprendido, no parece ser hombre de sus simpatías. Era natural

que así fuese. El padre de Garcilaso había sido parcial de los Pizarros y figuró enrolado, de malas ganas, dice el Inca, en las turbulentas comparsas de Gonzalo. Pero la verdad es que si no siente por el caudillo descubridor de Chile la piedad que arranca de esa existencia dramática, su desprendimiento no deja de impresionarle. Cuando, desbaratada la empresa de Chile, cancela a sus capitanes y soldados las deudas que habían contraído en su hacienda personal, que alcanzaban a gruesos ducados, no obstante este hecho decidor, persiste en mostrarles como ambiciosos y obsecados en mandar por una especie de sensualismo del poder. Diverso es el retrato de Valdivia que fluye de los *Comentarios*. Estaba más cerca de sus simpatías debido a que el conquistador de Chile era de la facción pizarrista, y acaso por ello y por la propia valía del personaje, le han pintado con amor: gran capitán, le llama, ponderado gobernador y hombre de buenas guerras.

Las páginas que siguen de Garcilaso en los *Comentarios Reales*, que tocan a la colonización, carecen de interés por su falta de unidad. Se las lee, sin embargo, con agrado, porque son las de un prosista encantador.